



*CURIOSA RELACION, QUE REFIERE EL CAUTIVERIO DE Don Luis de Borja, natural de Antequera, el cual por sus heroicazas mereció ser Embajador de Turquía, y redujo á nuestra ley á una hija del Rey moro, y habiéndola traído á España se casó con ella.*

**E**n el mar de los placeres siempre pesares se hallan, pues no hay placer que no llegue á los fines con desgracia; y si la desgracia es tal que pueda ser celebrada con triunfos de mayor gloria, vamos á la mar salada, para contar el suceso, pasemos á la substancia. Dentro de la Andalucía, señalando tierra y patria, que es la ciudad de Antequera, digna de ser alabada, aquí se crió un mancebo de noble sangre y prosapia, es liberal y entendido, muy versado en letras y armas, amigo de sus amigos, y querido de las damas,

por ser el mayor blason que en estos tiempos se halla.

Ya parece que es razon el decir cómo se llama:

Don Luis de Borja es aqueste, pues con decir Borja basta, para saber que sus hechos, merecen lauros de fama.

Pero como la fortuna le es tan adversa y contraria, hizo que este caballero se ausentase de su patria, por darle muerte á un mancebo: pues sobre ciertas palabras salieron desafiados,

y arrancando las espadas, diestramente pelearon, recios encuentros se daban.

Tuvo forma Don Luis de tirarle una estocada,



que le pasó el corazon;  
no dijo Jesus me valga:  
se fue á Málaga la bella,  
llegó un lunes de mañana,  
à tiempo que dos navíos  
para las Indias de Espana  
se parten, surcando aprisa  
del salado mar las aguas,  
rompiendo montes de espuma,  
y al fin en uno se embarca.  
Navegan cuarenta dias  
sin tormenta ni borrasca;  
pero á los cuarenta y uno  
descubren en una cala  
cuatro galeras de turcos,  
que á corso en el mar andaban;  
y el capitan de esta nave  
ha dicho con arrogancia:  
soldados y amigos mios,  
cada cual tome sus armas;  
y sacando un Crucifixo,  
decia con voces altas:  
sacro y divino Señor,  
vuestra piedad soberana  
no permita que cautivos  
nos lleve aquesta canalla,  
pues va en nuestra compañía  
la Princesa immaculada.  
En esto llegan los turcos  
con estruendo y algazara,  
diciendo: rendid, cristianos,  
á nuestro valor las armas.  
Se pusieron en defensa,  
porque no los cautiváran:  
disparan los artilleros  
con mucha destreza y maña,  
juegan de los arcabuces  
flechas, picas y alabardas.  
El sol se cubre del humo,  
el ayre rompe las balas,

el mar se tiñó de sangre,  
y la porfia fue tanta,  
que llegaron á abordar  
navíos con galeazas.  
Aquí se mostró el valor  
de aquel que es hijo de España,  
porque Don Luis de Borja  
furioso tomó una espada,  
y en la otra mano un broquel,  
y en una galera salta,  
y en la cámara de popa  
ha dicho: perra canalla,  
os tengo de hacer pedazos.  
A unos hiere, y á otros mata,  
á otros arroja á la mar,  
y viendo que los maltrata,  
se pusieron en huida,  
porque no los apresáran.  
A Borja se llevan preso,  
y en Turquía desembarcan:  
se lo presentan al Rey,  
contándole sus azañas,  
con que de verse ya libre  
llegó á perder la esperanza.  
Ya con los grandes conversa,  
ya con el Rey se acompaña,  
el que tenia una hija,  
que Zulema se llamaba,  
muy servida de los grandes,  
y de todos celebrada.  
Enamoróse de aquel  
cautivo que allí miraba:  
le hacia grandes cortejos,  
y regalos de importancia.  
Un dia le hizo visita  
en el cuarto donde estaba,  
dixole: cristiano mio,  
de qué tierra eres de España,  
porque he tenido noticia  
que eres rico allá en tu patria;



R. 18.365

y si es que tienes hacienda,  
cómo, di, no te rescatas?

Y Borja le respondió  
estas siguientes palabras:

Señora, soy de Antequera,  
la mejor ciudad que baña  
el claro sol con sus rayos,  
pues se pinta coronada.

Es mi padre Don Manuel  
de Borja, y Doña Mariana  
de Pino Ucea es mi madre:  
un hermano y dos hermanas  
tengo, y al servicio vuestro,  
señora, toda la casa.

En lo que toca á la hacienda,  
ahora no poseo nada,  
que al que está preso y cautivo,  
todos los bienes le faltan;  
pero estando en tu presencia,  
no careceré de nada.

Y Zulema le responde  
entre otras estas palabras:  
se me está abrasando el pecho,  
y me quemó en vivas llamas,  
cristiano, pues por tí muero;  
tu ingratitud cómo es tanta,  
siendo yo Reyna en Argel?

Si tú conmigo te casas,  
dexando tu ley, serás  
Rey de Argel, dueño del alma,

Y Borja le respondió:  
si no te vuelves cristiana,  
será imposible, señora.

Y Zulema enamorada,  
le dice: Don Luis, me obliga,  
tu amor á hacerme cristiana.

Nos iremos á tu tierra,  
y así esta noche sin falta  
tendrás entrada en mi cuarto,  
que dos mil doblas guardadas

tengo para esta ocasion;  
y esto bajo la palabra  
que me das de ser mi esposo;  
cuando llegemos á España;  
con que dispon el viage.

En esto el Rey que baxaba,  
llamando á Borja de prisa,  
halló á Zulema en su sala.

Qué infamia es esta, villano!  
como tu subida es tanta?

Manda que en una mazmorra  
lo metiesen y amarraran,  
mientras para darle muerte  
acerbo dolor buscaba.

Dixo Zulema: señor,  
este cristiano, sin causa  
padece; por qué tu Alteza  
con tanto rigor lo trata?

Yo he baxado á preguntar,  
si mi mayordomo estaba  
en palacio, y como en esto  
Don Luis aquí se hallaba,  
no le quise dexar ir,  
porque no se sospechára.

El Rey le dixo: pues hija,  
con él qué quieres que haga?

Y Zulema le responde:  
que vaya libre á su patria,  
y se pasee en Turquía  
seis meses antes que vaya,  
porque cuente tus grandezas,  
y lo que en Turquía pasa,

Dixo el Rey: yo te lo otorgo;  
y así dispongo que vaya  
á Constantinopla luego  
á llevar una embaxada.

Sacóle de la mazmorra,  
y le vistió ricas galas,  
y en trage de Embajador  
á Constantinopla marcha.

Llegó á la corte una tarde,  
en donde lo deseaban  
conocer, y de que vieron  
el título que llevaba,  
le hicieron su acatamiento;  
y acabada la embaxada,  
se despidió de los grandes,  
volvió á ver su prenda amada,  
y Zulema con suspiros  
su venida deseaba.

Mas como es uso en Turquía,  
en antiguas lanzas y armas,  
que al que fuere embaxador,  
á recibirlo el Rey salga,  
Borja le besó la mano,  
y luego el Rey lo sentaba  
á su lado en la real mesa;  
y despues le dixo: tanta  
voluntad te tengo, Borja,  
que dispongo de que vayas  
á tu tierra, porque allí  
gozes lo que aquí te falta.  
Tambien te daré un navío,  
para que pases á España,  
y mi cédula real,  
por si acaso algun pirata  
en ese mar te encontráre,  
no te prenda y libre vayas.  
Y porque de mí te acuerdes,  
llévate aquesta esmeralda,  
y mira no la enagenes,  
por ser mia; y si te hallas  
falto de medios, avisa,  
que te empeño mi palabra  
desde aquí de remediarle.  
Borja le dice: pues tantas  
mercedes me hace tu Alteza,  
concedeme que esas arcas  
que trage yo de la corte,  
me las lleve allá á mi patria,

porque quiero echar en ellas  
cosas que allá no se alcanzan.  
Llévatelas, dixo el Rey,  
no entendiendo que lo engaña.  
Aquella noche Zulema  
las doblas metió en una arca,  
y en otra metió las perlas,  
con ricas joyas y galas:  
metióse dentro, y la llave  
echó Borja y luego manda,  
que se las lleven al muelle,  
donde en breve las embarcan;  
y mientras se despedia,  
la ciudad le hizo salva.  
Sopló el viento favorable,  
y fue su fortuna tanta,  
que en espacio de seis horas  
descubren las elevadas  
murallas de Barcelona,  
en donde se desembarcan,  
y á la Virgen del Rosario  
le rindieron muchas gracias.  
Visitaron al Obispo,  
y su Ilustrísima manda,  
que á la catedral iglesia  
los lieven y desposaran.  
Fue el Obispo su padrino,  
y ella de esta suerte habla:  
yo que soy Reyna de Argel,  
y en Turquía emparentada,  
dexo el nombre de Zulema,  
y tomo el de Mariana,  
junto con el de Isabel;  
y recibió luego el agua  
del bautismo, dicho el credo,  
y á sus padrinos abraza.  
Con Don Luis la desposan,  
y vivieron dando gracias  
á la Virgen del Rosario,  
Madre de Dios soberana.